

LA RELIGION EN LA SALUD MENTAL DE LA MUJER

Rosa Dominga Traspasso

Antes de hablar sobre la religión cristiana -que ha sido la herencia común de este continente a partir de la Conquista- y la religión -que ha sido determinante en la historia del país y en nuestra identidad social- quiero proponer algunas nociones sobre el concepto de religión.

Si tomamos a la religión como el fundamento en el que encontramos el significado de nuestra existencia o como el horizonte hacia el cual avanzamos, creo que puedo decir que todas somos personas religiosas y -de una u otra manera- creyentes. Este sentido religioso puede expresarse con distintas imágenes de lo sagrado, puede ser invocado por diferentes nombres; puede ser que para algunos no tenga ni un nombre ni una imagen, pero hemos sentido que nos nutre de una energía que inspira nuestras acciones. Hemos palpado algunas veces una Presencia y hemos sido tocados en lo más íntimo de nuestro ser.

Pero la religión no es solamente una experiencia personal o una vitalidad interior. La religión es también una institución social con determinadas creencias, ideas y símbolos que pretenden relatar e interpretar las relaciones entre poderes sobrenaturales o divinidades y los seres humanos. Las religiones plasman en códigos de leyes y en preceptos el comportamiento apropiado de la divinidad y de los mortales y cómo se relacionan entre sí. La religión, como institución social, ha sido la influencia cultural más trascendente en la larga trayectoria de la

humanidad, remontándose mucho más allá de la época judío-cristiana o de las religiones orientales que conocemos hoy en día.

El poder de la religión reside en el control que ejerce sobre el comportamiento de sus adherentes y las comunidades que están bajo su influencia. Por esotérica o espiritual que nos parezca una determinada religión, siempre tiene una dimensión socio-política. Lo que me parece importante resaltar al hablar hoy de la influencia de la religión en nuestras vidas, es que las creencias religiosas no sólo se circunscriben a las relaciones entre lo sagrado y lo humano, sino que el estilo de estas relaciones es un reflejo de las relaciones socio-políticas vigentes en determinada época. Me explico: las formas en que una cultura religiosa simboliza lo sagrado revela la manera en que este pueblo se relaciona con la divinidad pero también revela cómo se llevan con sus vecinos, con sus mujeres y con sus esclavos, cómo se maneja el poder y cómo se resuelven sus conflictos.

El Dios Rey, el Dios Guerrero, el Dios Juez, el Dios Padre, nos dicen mucho más sobre las relaciones de los mortales entre sí que lo que nos revelan sobre el Ser Absoluto a quien rendimos culto. Bajo la aureola de impartir enseñanzas divinas, la religión legitima el ordenamiento social de los mortales al presentar sus preceptos como normas sagradas y cósmicas. La esclavitud, el antisemitismo, la degradación de pueblos considerados «paganos» y la subordinación de la mujer, fueron comportamientos aceptados, aprobados y -en determinadas épocas- aclamados como actos religiosos. Las Cruzadas, la Santa Inquisición, la quema de Brujas, la censura y la condenación de científicos, teólogos, artistas e intelectuales, han sido justificadas por una variedad de religiones en nombre de Dios, o de Alá.

El cuestionamiento que hacemos hoy de la religión toca este aspecto, es decir, la dimensión socio-política expresada en dogmas y creencias que defienden el status y los privilegios de determinados grupos de poder. La crítica de la religión a través de los siglos ha dado como resultado la formación de nuevas religiones o nuevas agrupaciones religiosas. Ha dado lugar a la condenación y rechazo de toda religión como «opio del pueblo» y también al abandono de la religión y la creciente secularización de la sociedad. Hay otra crítica a la religión

que hoy cobra fuerza: el cuestionamiento de la ideología patriarcal inherente a las religiones judío-cristianas, el Hinduismo, el Budismo y la religión Musulmana. Trataré de examinar ahora esta ideología patriarcal y el efecto que ha tenido en la vida de las mujeres.

Podríamos demostrar que todas las principales religiones se visten de un ropaje patriarcal que legitima y sacraliza la subordinación de la mujer y la superioridad de los hombres. Las doctrinas, el lenguaje, las imágenes de la divinidad, los símbolos religiosos y también el ordenamiento jerárquico al interior de las iglesias y sectas, son universalmente patriarcales no obstante las divergencias teológicas y doctrinarias que existen entre estas religiones. No disponemos de tiempo en esta presentación para hablar de las divinidades femeninas y de la caída de la Diosa que se registró alrededor del tercer milenio antes de Cristo, pero es importante reconocer que Dios no siempre fue masculino. Hubo un largo período en el cual se rendía culto a divinidades femeninas y a la Gran Diosa, previo al período de Yaveh de los judíos y Zeus de los griegos.

La caída de la Diosa y la imposición de dioses masculinos coincidieron históricamente con el surgimiento de una mayor valoración de los hombres en las sociedades asiáticas y europeas, iniciándose la civilización patriarcal. Las creencias religiosas que dieron inicio a las Religiones Mayores que hoy conocemos, reflejaron y reprodujeron las relaciones de género, de clase y de poder. Todas eran religiones que se basaban en la superioridad de los hombres y en la exclusividad del sacerdocio masculino. Son estos condicionamientos históricos los que han persistido a través de símbolos, ritos y mandamientos, y han servido como un aval para mantener una cultura androcéntrica y racista hasta nuestra época moderna.

Hablemos ahora del cristianismo y específicamente de la religión Católica, por ser esta la de mayor influencia occidental hasta el siglo XVI-XVII, período que coincide con la conquista de nuestro continente y la imposición de la fe católica. Si bien podemos afirmar que la Iglesia Católica no es la única institución responsable de la opresión de la mujer, tenemos que reconocer que son las doctrinas cristianas -especialmente las de la Iglesia Católica- las que han puesto un sello de

aprobación divina sobre la inferioridad y subordinación de la mujer en este continente. Este status secundario de la mujer está enraizado en el Cristianismo Clásico, herencia que recibimos por medio de los conquistadores y evangelizadores.

¿Qué nos dicen las ideologías patriarcales del cristianismo sobre la mujer? La Iglesia Católica permanece anclada en la Antropología Androcéntrica de Agustín (siglo cuarto) y Tomás de Aquino (siglo trece). Agustín sostenía que la mujer no tenía la imagen de Dios. Solamente el hombre poseía la imagen de Dios por derecho propio; la mujer la podía tener en segundo plano, a través del hombre. La teología escolástica de Tomás de Aquino definió a mujeres como «varones mal formados» que tenían -por su naturaleza- una capacidad deficiente. Aún antes de Agustín y Tomás de Aquino, la religión cristiana había hecho suyos los relatos bíblicos de la tradición judía que atribuyeron a la mujer la responsabilidad del pecado. Eso escuchamos en San Pablo:

«Y el engañado no fue Adán, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión. Con todo, se salvará por su maternidad». I Tim. 2, 14-15

La identificación de la mujer con el pecado se agrava aún más al asociar a la mujer con el sexo; así, solamente por la maternidad puede la mujer superar la maldición de Eva y la suya. Citamos a Agustín:

«El deseo sexual es una tendencia animal pero podría ser justificada y orientada hacia el bien, siempre y cuando el acto sexual tuviera como finalidad la procreación».

Podemos constatar la persistencia de la ideología patriarcal en la religión cristiana pues -luego de cientos de años- las enseñanzas de San Pablo, Agustín y Tomás de Aquino tienen vigencia en la Ley Canónica, en declaraciones papales y Cartas Apostólicas, no obstante que los conocimientos psicológicos y científicos modernos ponen en tela de juicio sus afirmaciones sobre la naturaleza humana, la sexualidad y la

procreación y la condición femenina. Rosemary Radford Ruether (1977), reconocida teóloga católica, señala:

«El cristianismo desaprobaba el que las mujeres tuvieran algo que decir sobre el aceptar o no las demandas sexuales de sus esposos. Su sexualidad se definía por el Derecho Canónico y la teología moral como «el débito conyugal» que ella debía a su marido en virtud del contrato matrimonial. Ella está atada a servirlo sexualmente cuando él lo pide, no importando cuál sea su disposición física... El cristianismo produce de manera típica una visión esquizofrénica de las mujeres. Se les divide en la femineidad espiritual sublimada (la Virgen María) y la mujer real de carne y hueso (Eva caída). El culto a la Madre Virgen surge no como una solución, sino como corolario de la denigración de la maternidad y de la sexualidad carnal».

¿Y la situación actual? ¿No han habido cambios en la enseñanza de la Iglesia Católica respecto a la condición de la mujer? Citemos la Carta Apostólica sobre la familia (Familiaris Consortio:1981)

«Respecto a la mujer, hay que acentuar ante todo que posee la misma dignidad y responsabilidad que el varón...Sin duda, la misma dignidad y responsabilidad del hombre y de la mujer justifica plenamente el acceso de la mujer a las tareas públicas. Por otra parte, la promoción real de la mujer reclama también que el valor de la tarea materna y familiar encuentre un claro reconocimiento en parangón con todas las tareas públicas y todas las otras profesiones».

Ciertamente la defensa de la dignidad de la mujer en ésta y otras declaraciones eclesíásticas es una respuesta a los avances sociales de la mujer, pero la insistencia en su papel particular -»su tarea maternal« y este «carácter que le es propio»- mantiene la posición tradicional que perdura a través de siglos. En la última carta apostólica sobre la Dignidad de la Mujer (Mulieris Dignitatum:1988), Juan Pablo II reafirmó la

vocación específica de la mujer -ser madre- y propuso eso como una razón más para que la mujer sea excluida del sacerdocio:

«Si Cristo al instituir la Eucaristía, la ha unido de una manera tan explícita al servicio sacerdotal de los apóstoles (hombres) es lícito pensar que de este modo (Cristo) deseaba expresar la relación entre el hombre y la mujer, entre lo que es femenino y lo que es masculino, querido por Dios, tanto en el misterio de la creación, como en el de la redención».

Tan marcada está la Iglesia Católica por la ideología patriarcal que ha podido resistirse hasta la fecha a modificar sus estructuras internas, pues solamente las personas de sexo masculino pueden aspirar a todas las funciones y son ellos quienes ejercen el poder, mientras que las de sexo femenino son confinadas a funciones subordinadas y serviciales.

Es muy interesante notar que la Iglesia Católica ha adoptado posiciones sociales avanzadas sobre temas como la deuda externa, el hambre, el Apartheid, el colonialismo y el militarismo. Obviamente, la Iglesia y los últimos papas han hecho un esfuerzo para estar al día con los acontecimientos sociales y políticos y para denunciar las estructuras injustas y discriminatorias de la sociedad. Sin embargo, en lo referente a la situación de la mujer en la sociedad y dentro de sus propias estructuras institucionales, la Iglesia se queda atrapada en tradiciones y teologías anticuadas e injustas. ¿Es la Iglesia una institución misógina? ¿Es insuperable su configuración patriarcal?

¿Cuál ha sido el efecto de religiones patriarcales en nuestra vida? ¿Qué mensajes hemos recibido de la Biblia, de las homilías, de los símbolos religiosos que forman parte tan importante de la cultura latinoamericana? Al preparar esta última parte de mi presentación me imaginaba que habría muchas coincidencias con los demás trabajos y que lo que voy a decir ahora puede haber sido tocado en los temas anteriores. Todas las instituciones sociales -la religión, la educación, el sistema legal, la medicina, la familia, etc.- llegan a nosotros en envolturas patriarcales y afectan seriamente nuestro desarrollo psíquico, pues la

religión no es la única institución culpable de preservar el sistema patriarcal. Pero el rol de la religión es especialmente grave porque impone un sello de aprobación divina sobre los mensajes que emanan de todas las instituciones de nuestra sociedad patriarcal. Si lo aprueban Dios y sus representantes, papas, obispos, sacerdotes, hombres de bien, nuestros maridos, cómo podemos nosotras cuestionarlos. La religión ha fortalecido el razonamiento ideológico de todas las estructuras patriarcales, dándole una validez eterna.

Quisiera tomar tres símbolos religiosos que han marcado hondamente las vidas de las mujeres, sin que esta selección agote las posibilidades de discusión: la imagen masculina de Dios, el mito de la creación y la maternidad.

1 LA IMAGEN MASCULINA DE DIOS

En su libro «La Moral y Teoría Psicológica del Desarrollo Femenino», Carol Gilligan (1985) cita esta historia:

«Como mujer, siento que nunca comprendí que yo era persona, que podía tomar decisiones y tenía derecho de tomarlas. Siempre sentí que eso pertenecía a mi padre o a mi esposo, en alguna forma, o a la Iglesia que siempre estaba representada por un clérigo varón. Ellos fueron los tres hombres de mi vida, padre, esposo y clérigo y ellos tenían mucho que decir acerca de lo que yo debía o no debía hacer. Eran figuras realmente autoritarias y yo acepté».

La vinculación de la mujer con lo sagrado, con el poder que no tiene, con el orden divino y con la felicidad que anhela, pasa por la imagen masculina de Dios. Dios es «EL», nunca «ELLA». Dios es personificado en símbolos masculinos, legalizando la superioridad del género masculino y, a la vez, santificando la jerarquización de los hombres sobre las mujeres. Como lo expresó Carolina Carlessi, «Dios y el patriarca se confunden».

Dios Padre legaliza la autoridad y refuerza la dependencia de la mujer a todos los que representen la autoridad, siendo estas personas hombres. Si Dios es Padre, quiero ser o tengo que ser **Hija**, criatura. Sabemos que la «niñez espiritual» era el modelo religioso de la virtud al estilo de Santa Teresita de Jesús, modelo que ha calado profundamente en nosotras. La imagen de Dios Hombre y Padre suscita dependencia, sumisión, inmadurez, inseguridad, temor a ofender a Dios y a los hombres que lo representan.

2 EL MITO DE LA CREACION Y LA CAIDA

No creo necesario leer la historia de Adán y Eva porque la hemos asimilado a través de relatos y símbolos. Y aunque pocas personas la creen textualmente, no deja de tener vigencia y ha dejado huellas en nuestro inconsciente. Para la mujer, el mensaje del mito de la creación y la caída es impresionante: Eva, seducida y seductora, débil frente a la tentación y el pecado, culpable frente a la maldad, más cerca al maligno. Eva, quién recibió la condenación de vivir subordinada al hombre y de sufrir los dolores del parto como su merecido castigo. Echada del paraíso y maldecida para siempre.

Ninguno de estos símbolos puede fomentar una personalidad sana. La culpabilidad que la mujer experimenta con carácter permanente es el principal enemigo de la autonomía. Sentirse culpable de lo que sucede y lo que no sucede refuerza en la mujer su sentido de impotencia y sumisión. Citando a Carolina Carlessi (1982):

«La culpa recuerda a las mujeres constantemente su calidad de seres inferiores, necesitadas de una guía para manejar sus vidas; su calidad de pecadora genera desesperados e inútiles esfuerzos por alejarse del mal, porque el «mal está en las mujeres».

Todos conocemos cómo la mujer ha interiorizado este sentido de culpa, responsabilizándose a sí misma por haber sido abandonada, violada o agredida por el marido. En un estudio realizado en la Iglesia

Metodista en el Perú y publicado en 1988, feligreses de esta Iglesia fueron encuestados sobre las nociones más importantes para entender la experiencia de fé. El 28% de los encuestados consideró que «pecado» era la noción más importante; de este grupo 71% eran mujeres y 29% hombres.

El mito de la creación y la caída administra una triple dosis de alienación a las mujeres:

- 1) Refuerza el sentido de culpabilidad
- 2) Nos hace merecedoras del castigo, del sufrimiento y de ser subordinadas al hombre.
- 3) Nos exige obediencia y humillación.

3 LA MATERNIDAD

«La maternidad es la Vocación de la mujer: Una vocación eterna y también contemporánea» Juan Pablo II

Característica de toda sociedad patriarcal es el rol que otorga a la mujer, definiéndola por su condición biológica. La religión Católica refuerza esta identidad biológica cuando eleva la maternidad a la vocación exclusiva y eterna de la mujer. Ser madre es la única identidad posible de la mujer en nuestro medio y todas las instituciones sociales refuerzan esta identificación. Si bien la maternidad permite a las mujeres experimentar satisfacción, afecto y realización personal, la maternidad como exclusiva vocación encierra a la mujer dentro del entorno de su ciclo vital. Su mundo y su esfera de realización personal viene a ser el ciclo doméstico-privado de niñez, embarazos, nacimientos, crianza de hijos y nietos. La maternidad como exclusiva vocación e identidad de la mujer la encierra dentro de las estructuras que refuerzan su subordinación y su poca auto-estima.

Limitar a la mujer a la maternidad es definirla en función de otros -esposo e hijos- negándole la posibilidad de sentirse, experimentarse, como persona autónoma. Carol Gilligan (op.cit.) considera que el conflicto entre el yo y los otros constituye el problema moral central para

las mujeres, planteándole un dilema cuya resolución requiere una reconciliación entre la femineidad (o la identidad biológica) y la adultez, la persona **madura**, con valor en sí misma. Insistir en «el carácter que le es propio», como Juan Pablo II reitera en sus últimos discursos y cartas apostólicas, es negar a la mujer la posibilidad de una personalidad íntegra. Hay que superar la identidad biológica de la mujer y abrirse hacia un concepto de sí misma que le permita vivir en función de ella misma y en relación con los otros.

¿Es tan negativa la religión? ¿No tendríamos que reconocer los grandes valores morales y espirituales infundidos por la religión? ¿He presentado una visión distorsionada o sesgada de la religión cristiana y de las enseñanzas de la Iglesia Católica? Sería absurdo y deshonesto ignorar las virtudes humanas que la religión ha suscitado: integridad, caridad, solidaridad, entrega, justicia, compasión. Las palabras de Jesús han inspirado las acciones más nobles de mujeres y hombres a través de la historia de nuestra época cristiana. Cuestionar las características históricas de las religiones no pretende negar la presencia de lo sagrado o el significado trascendental de Jesús para quienes acepten la fé cristiana.

Creo que la espiritualidad, mi reconocimiento de lo Divino presente en todo, es la base que nos permite afirmar nuestra dignidad humana y alcanzar nuestra potencialidad en armonía con todo lo creado. Sabemos que la religión sostiene y aún ennoblece la vida de muchas mujeres, quienes descubren que su historia personal tiene un valor en sí y esta percepción genera energía personal y una capacidad de estar en comunión con otras personas. Pero hay una ambigüedad en el discurso religioso que resulta contrario a lo que pretende ser. La religión sigue siendo un factor negativo en la vida de muchas mujeres.

Debemos decir que la religión puede ser patológica como también terapéutica. Pues no es la religión en sí la que trae la alienación o neurosis. Son las interpretaciones humanas convertidas en dogmas infalibles las que han dado lugar a distorsiones en todas las religiones. Pregunté antes si la configuración patriarcal de la religión cristiana es insuperable. Estamos llamadas a desterrar la ideología patriarcal que ha distorsionado el potencial humano de mujeres y hombres. Este movi-

miento está en proceso. Requiere el cuestionamiento de todos los aspectos de nuestras vidas y de todas las instituciones de la sociedad. La religión, las iglesias, están entre las instituciones que tenemos que cuestionar y transformar; tal como las mujeres han empezado a tomar conciencia de su opresión y a cuestionar las relaciones familiares, la educación, los medios de comunicación, que las mantienen subordinadas, tienen también que cuestionar la religión. Tarea muy difícil, pero cuando lo vemos como parte de un movimiento social de cambio y transformación tendremos el coraje para hacerlo. Y la religión no sería destruída, sino liberada y enriquecida.

Me gustaría terminar con una oración que surge de esta búsqueda de nuevos símbolos, de nuevas palabras, y de la emergencia de nueva energía para crear nuevas mujeres:

Bendita seas tú Sofía. Creadora de la vida cuyo amor brilla siempre dentro de mí.

Ayúdame a usar tu energía para dirigir mi fuerza.

Aligera mi camino para que pueda seguirlo con amor, segura de que me mueve desde una fuente profunda en mi interior.

Permíteme usar mi energía para crear el mundo de nuevo.

Infunde en mí un conocimiento de los ritmos y ciclos de la naturaleza, para poder conocer intuitivamente el tiempo para construir y el tiempo para destruir; el momento para hablar y el momento para callar; el momento para moverme y el momento para permanecer quieta.

Permíteme sentir ahora y siempre la profundidad de nuestras relaciones porque nosotras todas somos una y la fuerza que nos mantiene juntas es el amor.

BIBLIOGRAFIA

BAUM, Gregory.

1975 Religión and Alienation. Paulest Press, New York.

CARLESSI, Carolina.

1982 La Culpa como Factor Desmovilizador de los Grupos de Mujeres. Lima.

CIRCULO DE FEMINISTAS CRISTIANAS «TALITHA CUMI».

1989 Nuevas Expresiones de lo Sagrado. En Búsqueda de una Espiritualidad Feminista. Lima.

COLECTIVO DE DERECHOS REPRODUCTIVOS.

1987 Jornada «Derechos Reproductivos y Movimiento Feminista, Lima.

DALY, Mary.

El Antifeminismo en la Iglesia. CIDHAL, Vol 1. 70/2 México.

DOBLE JORNADA.

1989 La Mujer y la Iglesia. México Año 3 No. 24

DUMAIS, M.

1987 El Servicio de la Mujer ¿Una Sumisión Inevitable? CONCILIUM No. 214.

FEM.

1982 Mujer y la Iglesia: Vol V, No.20 México.

GAY, Maribel Celia.

1983 El Modelo Católico de Femeineidad. Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander.

- GAGE, Matilde Joselyn.
1980 Women, Church and State. Persaphone Press, Massachusetts.
- GILLIGAN, Carol.
1985 La Moral y la Teoría: Psicología del Desarrollo Femenino. Fondo de Cultura Económica, México.
- LEHMAN, Carolyn.
1984 Hacia una nueva mujer. Casa Soffa, Santiago.
- MAYER, Wilmer.
1987 Naturaleza de la mujer e identidad femenina. CONCILIUM No. 214.
- MILLER, Jean Baher.
1976 Toward a New Psychology of Women. Beacon Press, Boston.
- MOTA, Vivian.
1979 Iglesia, Mujer, Sexualidad. Creatividad y Cambio. Lima.
- PORTUGAL, Ana María (Editora).
1989 Mujeres e Iglesia, Sexualidad y Aborto en América Latina. Fontamara S.A., México.
- RILEY, María.
1984 Women, Church and Peatriarcehi. Center of Conecern Washington, D.C.
- TOCON, Carmen.
1984 ¿Qué piensa Ud. de la Sexualidad?. Creatividad y Cambio. Lima.
- TRASPASSO, Rosa Dominga.
1984 Patriarcado e Iglesia. Creatividad y Cambio. Lima.

TRASPASSO, Rosa Dominga.

1987 Hacia una revolución de la ética sexual. Lima.

RUETHER, Rosemary Radford.

1977 Mujer Nueva, Tierra Nueva. Ediciones Megápolis.
Bs.As.

RUETHER, Rosemary Radford.

1983 Sexism and God Talk: Toward a Feminist Theology.
Beacon Press, Boston.

RUETHER, Rosemary Radford.

1979 La tradición religiosa occidental y la violencia, contra
mujeres en el hogar. Creatividad y Cambio. Lima.